

DG/99/22
Original: español

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA CULTURA

Discurso
del Profesor Federico Mayor

Director General
de la Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura
(UNESCO)

en la ocasión de la visita a Santiago de Compostela

La UNESCO y la Cultura de Paz

Santiago de Compostela, España,
10 de mayo de 1999

Señoras y señores:

Antes de entrar en el tema que nos reúne esta tarde, -la UNESCO y la cultura de paz- permítanme expresarles la profunda satisfacción que experimento al estar nuevamente en esta acogedora ciudad de Santiago de Compostela, donde gozo el privilegio de tener muy buenos amigos, a quienes veo con menos frecuencia de la que desearía.

Debo confesar que el amor que siento por esta tierra se ha visto siempre correspondido. En cada visita, Galicia me ha brindado su cálida hospitalidad y el recuerdo de su gente, tan digna, reservada y laboriosa, me acompaña en mis múltiples desplazamientos por el mundo. Porque este "finisterre", esta encrucijada de rutas marítimas y peregrinaciones jacobeanas, ha desbordado su savia vital por todo el planeta, donde la integridad y fidelidad de sus hijos han llegado a ser proverbiales. "Gallego" es -por antonomasia- cualquier español en tierras de América. De modo que también yo -catalán de origen y andaluz de adopción- soy un poco "gallego" cuando cruzo el Atlántico.

Esta deuda de gratitud es particularmente importante con Santiago, que en 1993 me investió con un Doctorado *Honoris Causa* de su Universidad y me ha dado muchas ocasiones de exponer en sus foros los principios de la UNESCO y el trabajo que llevo a cabo al frente de esa Organización.

Tengo la acendrada convicción, como dije hace cinco años ante los miembros de la Academia Gallega de Ciencias, de que "Galicia es una pieza esencial de este mosaico sin par llamado España, que tiene en su fantástica diversidad -y, por tanto, en su permanente conciencia y trance de articulación, en su resuelta y cada día renacida voluntad de interacción- la clave de su riqueza creadora, de su derecho a figurar dignamente en el escenario de un mundo que es ya uno o ninguno."

Al comandante de uno de los primeros vuelos espaciales en el "Discovery", cuando le preguntaron "qué se ve desde el espacio?", contestó: "lo que no se ven son fronteras". No lo olvidemos. Todos los seres humanos son libres e iguales en dignidad, como lo proclama el Artículo Primero de la Declaración Universal de Derechos humanos.

En este mundo, dramáticamente unificado por el progreso científico y el afán prometeico de la conciencia humana, nos enfrentamos ahora a nuevos desafíos y a tendencias ominosas, que ponen en peligro la supervivencia misma de la especie. Las transformaciones de la última década, desde que la caída del Muro de Berlín preludiara el final de la Guerra Fría, han proporcionado nuevo relieve y mayor virulencia a viejos contenciosos que subsistían camuflados a la sombra de la confrontación Este-Oeste.

Si una lección encierra este período histórico que acaba de concluir, es el fracaso estruendoso de la violencia como instrumento de transformación social. Lo hemos visto en el Cáucaso, en Centroamérica y en África; lo vemos hoy, cada día, en Yugoslavia, donde la guerra sólo ha logrado empeorar la situación de todos --ya sean serbios, albanokosovares o sus vecinos-- sin que se vislumbre siquiera una solución justa del conflicto, fuera del marco del que nunca se hubiera debido salir: las Naciones Unidas. En 1993, después de un importante simposio dedicado al Derecho a la ayuda humanitaria, la UNESCO recomendó que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas decidiera actuar mediante la interposición de los cascos azules cuando se dieran las siguientes circunstancias: flagrante violación de los derechos humanos (era el caso de la Camboya de Pol-Pot o de Ruanda) o clara inexistencia de gobernación (el mejor ejemplo es Somalia). Toda acción de esta naturaleza, por justificada que sea, debe llevarse a cabo en el marco de las Naciones Unidas. Esto no es lo que se ha hecho en el caso de Kosovo y es preciso rectificar. La ONU necesita que se la fortalezca, no que se la debilite. Pero no podemos aceptar la incoherencia que representaría la democracia a escala nacional y la oligocracia a escala internacional. Quienes gustan ahora de citar a Clausewitz para recordarnos que *"la guerra no es solamente un acto político, sino un verdadero instrumento de la política, una continuación de las relaciones políticas y su realización por otros medios"*¹, se olvidan de que los medios no pueden ser cualitativamente distintos de los fines que procuran. El adagio romano que recomienda *"si vis pacem, para bellum"* -si buscas la paz, prepárate para la guerra- ha dejado de tener vigencia en nuestra época. Los conflictos de hoy en día no admiten la fácil solución de las bombas y los acorazados. Ahora tendríamos que decir: *"si buscas la paz, constrúyela"*.

Señoras y señores:

Toda violencia es reprobable. El hambre es una forma de violencia, la exclusión, el agravio cultural.... Ninguna se justifica. Pero hay una, la que quita la vida, la que para siempre acalla la voz que debería poder oírse, la que elimina de un golpe asesino la idea y el verso que podrían nacer y llegar a ser puentes y lazos de entendimiento y armonía, a la que todos deberíamos desde ahora oponernos, sin excepciones ni atenuantes. No debemos permitir más muertes que llorar sino vidas que animar, que apoyar, que estimular, para que, con tesón y coraje, se consiga con la palabra lo que con sangre no se hubiera, seguramente, conseguido.

Es preciso insistir en que los actuales conflictos étnicos o ideológicos no son fruto de la libertad recuperada, sino producto de las largas décadas de incuria y opresión en las que han vivido estos pueblos. En otros países, que llevan muchos años viviendo en libertad, también se suscitan asperezas y problemas, pero la vida intercultural y la coexistencia son totalmente normales y se consideran fuente de

¹**De la guerre**, vol I, ch. 1, pág. 67.

riqueza y no causa de confrontación. No hemos de aspirar a eliminar los conflictos -que siempre existirán- sino intentar buscar fórmulas que faciliten su solución pacífica y eviten la violencia. Tenemos los recursos y la lucidez suficientes para hacerlo, y nunca renunciaremos a la raíz ética que sustenta nuestros valores, por más que soplen vientos adversos. "El ave canta aunque la rama cruja", dice Álvaro Cunqueiro, "porque conoce la fuerza de sus alas".

El triunfo de los principios democráticos en Europa Oriental, el desmembramiento del imperio soviético y los acuerdos de reducción del armamento nuclear abrieron vastas perspectivas de paz a principios de esta década. Los países libres, que desde hace tanto tiempo se preparaban para la guerra, se vieron sorprendidos por acontecimientos muy diferentes de los que habían vaticinado los agoreros -los "realistas"!, interesados en que todo siguiera como estaba. Los "pragmáticos" no contaban con el genio humano y la capacidad de cambio de rumbo que representan personajes como Mandela, Gorbachov, Arafat, Shimon Peres, Ytzak Rabin, Frederick de Klerk o Norodom Sihanouk. En poco tiempo, el Telón de Acero se derrumbó y se alcanzó la paz en Namibia, Camboya, Mozambique y El Salvador. La democratización de Suráfrica y el fin del *apartheid*, los acuerdos israelo-palestinos y las negociaciones de paz en Irlanda del Norte, han marcado también hitos esperanzadores en los últimos años.

Pero si las nuevas alianzas políticas y económicas hacen menos probable el estallido de un conflicto de ámbito mundial, prosperan en cambio, en esta pos-Guerra Fría, las pugnas **intranacionales**, que pueden derivar en guerras internacionales. Las amenazas a la seguridad proceden ahora mayormente de la pobreza, la asimétrica distribución de recursos, la ignorancia dogmática, las emigraciones masivas y las injusticias sociales que generan reacciones de rechazo. Este viraje -formidable en todos los aspectos- parece haber dejado estupefactos a unos dirigentes atentos a otras dianas, poco motivados para tomar decisiones radicales, con la vista fija, a lo sumo, en las próximas elecciones y a unos países que consideraban los mecanismos de prospectiva casi como un esparcimiento académico, en los cuales hablar de las generaciones venideras era considerado una referencia sentimental y fastidiosa a la vez. Por eso, el mundo tiene hoy una distribución presupuestaria, unos sistemas financieros, un aparato productivo, una organización social y una estructura de defensa orientados a las amenazas del pasado, pero poco aptos para afrontar los problemas del porvenir. Se siguen invirtiendo sumas cuantiosísimas en armamento e investigación militar -800.000 millones de dólares de Estados Unidos el año pasado- pero no hay recursos para cumplir nuestros compromisos internacionales (el 0,7 por ciento para el desarrollo endógeno de los países menos avanzados, los acuerdos de las Cumbres de Río de Janeiro sobre medio ambiente, la de Copenhague sobre desarrollo social, etc.) o erradicar vergüenzas colectivas como la de los niños de la calle, para lo cual bastaría el 0,22 por ciento del PIB...

La inercia y la escasa creatividad que han dominado la escena política en los últimos años, ponen de manifiesto el carácter cada vez más anacrónico de la cultura

de violencia y opresión en la que todavía vivimos y la necesidad de forjar una nueva cultura de diálogo y tolerancia, una cultura de paz. Esa misma inercia es la que impide a la comunidad internacional elaborar los dispositivos de seguridad que le permitan sustituir la razón de la fuerza por la fuerza de la razón.

Hay que compartir mejor, no ya por solidaridad y por principios éticos, sino por seguridad y estabilidad a escala nacional y planetaria. Hay que dar -y donar- más. Y no sólo con préstamos. El precio de la paz, que es el de la vida, hay que pagarlo distribuyendo mejor los recursos de toda índole. O repartimos mejor ...o recibiremos la carga de emigrantes, de la radicalización de la violencia extremista. Tenemos que aprender a escucharnos menos a nosotros mismos y a escuchar más al resto del mundo. Todavía estamos a tiempo.

El sentimiento de marginación y desesperanza lleva a muchos habitantes del planeta a pensar que no hay otra salida que la de la fuerza. Es preciso, por tanto, tener en cuenta no sólo los síntomas, sino también las causas del problema, de tal manera que nos permita identificar los orígenes del conflicto en la inseguridad y falta de estabilidad a escala local o planetaria: exclusión, miseria, radicalización y violencia constituyen un círculo vicioso que es preciso romper con lucidez y solidaridad. Y, sobre todo, con educación.

Señoras y señores:

La educación es capacidad de interrogarse, de indagar, de poner en tela de juicio. La ignorancia es certidumbre invariable. De esta ignorancia se aprovechan los teólogos radicales y los dictadores mesiánicos que invocan el sentimiento nacionalista o religioso en apoyo de su discurso, para consolidar su poder. El integrismo teocrático o el nacionalismo ideológico vienen a encarnar, frente a un poder, un nuevo orden dogmático y autoritario, que alienta la violencia contra todo lo "ajeno".

Mientras sigamos tolerando lo intolerable -ya sea el genocidio rápido de Ruanda, Bosnia o Liberia o -sobre todo!- el genocidio lento y no televisado de millones de niños que no tienen acceso al agua potable, a una educación mínima y que nunca tendrán una oportunidad de salir de la miseria- seguiremos alimentando el caldo de cultivo donde germinan el radicalismo, la intolerancia, el fanatismo ideológico o religioso y el terrorismo. ¿Cómo puede forjarse la paz cada día? ¿Cómo puede crearse una conciencia mundial que impida aceptar lo inaceptable? ¿Cómo pueden "construirse los baluartes de la paz en la mente de los hombres", como proclama la Constitución de la UNESCO? Esta y no otra es la gran misión de la Organización intelectual del sistema de las Naciones Unidas. Una sola misión que se traduce en varios ámbitos de actividad: la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación.

Si hemos sido capaces de llegar a la Luna y construir centrales nucleares, ordenadores y redes de fibra óptica, pero asistimos impotentes al espectáculo de la degradación y la muerte cotidianas de millares de seres humanos, es porque nuestros valores y objetivos han tenido hasta ahora una jerarquía equivocada. Nuestra sociedad ha estado condicionada por el predominio de la cultura bélica. Ahora que la Guerra Fría ha terminado y que el impulso hacia la democracia constituye una garantía adicional de paz en el ámbito internacional, comprobamos que no estamos preparados para hacer frente a los peligros que antes enumeré y que amenazan el futuro de la civilización.

Hemos invertido cuantiosos recursos en mecanismos de espionaje, satélites militares y redes de subversión. Ahora encontramos enormes dificultades para reconvertir esos dispositivos con fines pacíficos. Otro tanto puede decirse de nuestras prioridades intelectuales, sumamente condicionadas por la confrontación entre el capitalismo y el comunismo, que dominó durante cuatro décadas el debate internacional. Pero el mundo que hacía posible -que a veces exigía- esa estructura se ha venido abajo, no sólo de un lado. Los retos del nuevo milenio requieren una reordenación ética, social, económica y política que permita encontrar soluciones inéditas.

Para intervenir y aplicar las soluciones disponibles hay que actuar a tiempo. No me canso de repetirlo. André Gide afirmaba que todo está dicho ya; pero como nadie escucha, siempre hay que volver a empezar. Tenemos los diagnósticos; las mesas de trabajo rebosan de informes... pero carecemos con frecuencia de la visión y el coraje necesarios para aplicar a tiempo los tratamientos, con todos los medios humanos y técnicos al alcance. Los objetivos a largo plazo que guían las transformaciones de hondo calado se han sustituido por encuestas de opinión y estrategias a corto plazo. Sólo una política inspirada en principios éticos fundamentales será capaz de ver lejos y alto, e inspirar nuevos caminos, que nunca se iluminarán mediante soluciones puramente tácticas y técnicas.

Construir una paz justa y duradera es el sentido profundo de la promesa que hace ya más de medio siglo los fundadores de las Naciones Unidas y la UNESCO hicieron a las generaciones futuras. Estamos "resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra", dice la Carta de la ONU. Y la Constitución de la UNESCO afirma explícitamente que esa paz debe basarse en "la solidaridad intelectual y moral de la humanidad". Hay que suscribir juntos un gran contrato moral con la juventud y con las generaciones futuras. Un contrato que implique un mejor reparto de la riqueza y el saber; una nueva concepción de la vida activa; una acción global que incluya a los excluidos y alcance a los hoy aún inalcanzables. Un contrato de ética bancaria internacional, para evitar el "golondrinismo" de los flujos de capital y el blanqueo de dinero; un contrato moral que asegure que cumpliremos nuestras promesas de ayuda al desarrollo endógeno de los países menos avanzados.

Señoras y señores:

Además del alto precio en vidas y recursos que las guerras modernas se cobran, hay en ellas una cruenta ironía: suelen terminar en un "empate" por agotamiento de los contendientes, pues ninguna de las partes logra imponer una solución militar. El resultado es, por lo general, que se vuelve a la negociación política, -como ha ocurrido recientemente en Bosnia y antes, en Mozambique y El Salvador, o como ocurrirá indefectiblemente en Yugoslavia- después de que se ha perpetrado un enorme sacrificio humano y material. En la mesa de negociaciones se acaba siempre aceptando peculiaridades culturales que no parecían posibles soluciones en el punto de partida. Hoy lamentamos los estallidos de violencia y acudimos tardíamente con fuerzas de pacificación, porque no supimos prevenir, anticipar y forjar la paz a tiempo. El papel de la ONU, expuesto en la **Agenda para la paz** de 1992, fue un primer paso importante orientado a crear esos mecanismos preventivos. Pero para alcanzar una paz justa y duradera, que garantice la seguridad de todas las naciones, es preciso ir a las raíces del problema y pasar del control y el apaciguamiento a la prevención del enfrentamiento armado y la forja de la paz.

Junto con las inversiones en educación y desarrollo integral, hay que reforzar, entre otras medidas, los pactos regionales que permitan a los Estados signatarios extenderse garantías mutuas de seguridad; crear instituciones de defensa supranacionales; decidir acciones rápidas, siempre en el marco de la ONU, en los casos de flagrante violación de los derechos humanos o ausencia de gobernabilidad. Es preciso, además, fomentar el diálogo con las autoridades religiosas; diseñar nuevas modalidades de desmovilización de tropas y reconversión de dispositivos militares al uso civil; propiciar la participación de las fuerzas armadas en la construcción de la paz, particularmente contribuyendo a elevar la calidad de vida en el medio rural; reducir el impacto medioambiental de las políticas de desarrollo y, sobre todo, establecer sistemas que faciliten la detección de los conflictos venideros, a fin de anticipar posibles soluciones.

La prevención y las acciones de interposición en situaciones de extrema desintegración del orden interno son dos aspectos fundamentales de estos dispositivos de anticipación y prevención. Ya he señalado que producimos cuantiosos estudios, análisis e informes sobre los problemas actuales, pero la mayoría de las veces pasan a los anaqueles casi directamente, sin que hayan incidido en lo más mínimo a escala ejecutiva, parlamentaria o de opinión pública. Por tanto, tenemos que cambiar de enfoque. Una nueva "ética del tiempo", basada en la detección inmediata y la actuación ultrarrápida, me parece una de las consideraciones más importantes para proceder eficazmente. Cualquier analista clínico sabe que es necesario arriesgarse a recomendar tratamientos sobre la base de diagnósticos adecuados, sin aspirar a que sean perfectos. Suelo repetir que el

diagnóstico perfecto sólo lo ofrece la autopsia, pero entonces es ya demasiado tarde. Lo mismo sucede en el caso del medio ambiente y en el tejido social.

La irreversibilidad potencial de todo proceso deberá llevarnos a desarrollar la capacidad de anticipación y de actuación rápida, aunque a veces sea impopular, cuando el tratamiento es aún posible. Saber para prever; prever para prevenir y evitar. La prevención, cuando tiene éxito, casi siempre pasa inadvertida. La paz, la salud y la normalidad, "no se ven", son como el aire que respiramos; sólo pensamos en ellas cuando nos faltan. De ahí la necesidad de una "estrategia de intangibles", que ponga de manifiesto los éxitos alcanzados en la prevención de conflictos y de enfermedades, en la mejora de la calidad de vida. Un nuevo planteamiento que nos ayude a ser conscientes de la maravilla que representan las ventajas que disfrutamos y que no apreciamos por no haberlas soñado y apetecido previamente: las vacunas, el agua corriente, la electricidad, el gas, los electrodomésticos, las telecomunicaciones, etc.

Señoras y señores:

La seguridad se ha basado históricamente en fortalecer las estructuras militares para sentirse protegido, por miedo a lo desconocido más allá de las fronteras nacionales. Una nueva actitud debe abrirse paso en el nuevo milenio. Debido a la creciente interdependencia de la "aldea planetaria", necesitamos desarrollar el conocimiento de los demás, para generar las actitudes de tolerancia y comprensión que son condición *sine qua non* para la solución pacífica de las inevitables controversias.

Cuando se habla de "nuevo orden", suelo decir que éste ya existe. En el ámbito nacional debe basarse en la democracia real y efectiva para todos los ciudadanos y, en la escala internacional, en la aplicación, en su integridad, de la Declaración Universal de Derechos Humanos. A veces pensamos que la mejor manera de proteger nuestro patrimonio es mediante el repliegue y el aislamiento, pero sólo lograremos la seguridad merced a la apertura, al aprendizaje mutuo. Este nuevo planteamiento debe hacer posible que cada pueblo, cada país se preocupe no sólo de sí mismo, sino que tenga también en cuenta los requisitos indispensables para la estabilidad del vecino, sus necesidades de desarrollo endógeno y duradero, que son el mejor aval de la seguridad colectiva.

En los primeros versos de sus **Proverbios y Cantares**, Antonio Machado nos recuerda que "el ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas; / es ojo porque te ve". Esta estrofa encierra toda una lección de ética: el prójimo es persona por derecho propio, no porque lo percibamos los demás; su dignidad procede de su condición humana y no depende de nuestro criterio subjetivo, ni para ser ni para valer. Por consiguiente, es crimen de lesa humanidad tratarlo como objeto, despersonalizarlo y cosificarlo, cuando cada mujer y cada hombre son "sujeto" por excelencia.

Tenemos la obligación ética de forjar las condiciones que hagan posible el florecimiento de la creatividad y la dignidad humana. Compartiendo los saberes y la riqueza; facilitando el acceso de todos a la educación y la cultura; luchando -con palabra y con el ejemplo- contra los desequilibrios y las asimetrías, el pesimismo y la inercia que lastran la paz, la democracia y el verdadero desarrollo. Estos son los retos fundamentales del siglo que alborea, bajo el signo de la democracia y la complejidad tecnológica.

Si no logramos, con previsión y tenacidad, hacer frente a los desafíos que la nueva era nos plantea, nuestro fracaso tendría consecuencias incalculables para el porvenir, que hoy es, más que nunca, un **"por hacer"**. Mi antecesor en el cargo de Director General de la UNESCO, el poeta y estadista mexicano Jaime Torres Bodet, dijo en una ocasión: "Sólo una paz consciente de los peligros podrá ser, a la vez, una paz segura". Construyamos, por tanto, esa paz consciente.

Muchas gracias.